



Crítica a la razón normalizadora

Emmanuel Heredia González

“Se cree morir por la Clase, se muere por las gentes del Partido. Se cree morir por la Patria, se muere por los Industriales. Se cree morir por la Libertad de las personas, se muere por la Libertad de los dividendos. Se cree morir por el Proletariado, se muere por su Burocracia. Se cree morir por orden de un Estado, se muere por el Dinero que lo sostiene. Se cree morir por una nación, se muere por los bandidos que la amordazan. Se cree...pero, ¿por qué creer una oscuridad tal? ¿Crear morir? ¿Morir?... ¿Cuándo se trata de aprender a vivir?”

François Perroux, *La Coexistence Pacifique*

El presente ensayo es producto de los intereses específicos de su autor, así como también de la oportunidad que para debatir y reflexionar se le presentó en el curso de verano titulado *Formaciones socioeconómicas de la Historia*. En el marco de dicha clase, el análisis se orientó al estudio de la formación y desarrollo de los principales sistemas económicos occidentales, así como sus repercusiones e implicaciones. Se ahondó particularmente en la investigación de la estructura capitalista recuperando la perspectiva crítica del marxismo. Dado el nivel de complejidad inherente a toda interacción humana, en este trabajo nunca pretendimos el análisis “global” de la vertiente económica capitalista de la sociedad occidental. Mejor aún, nuestros objetivos son muy concretos y destinados a iluminar, en la medida de lo posible, algunos pasajes que consideramos oscuros. Las fronteras espacial y temporal de los procesos estudiados no se delimitaron minuciosamente —como algún purista lo exigiría— dado que muchos de ellos no se definen por sucesos políticos y sociales concretos o fácilmente identificables. Una exploración de tipo epistemológico o filosófico obliga antes bien a prescindir de tal rigurosidad. Como nota de advertencia es necesario aclarar que el tipo de análisis adoptado aquí es de carácter *micrológico*¹. Antes que ofrecer un argumento cerrado sobre sí mismo, aspiramos a desbrozar una senda que permita internarnos en el corazón de la densa selva que es lo hecho hombre.

Consideramos que durante el período histórico comprendido a partir de la gestación de una incipiente burguesía europea —que situamos a inicios del siglo XVIII, principalmente en Inglaterra y Francia— y hasta el pleno desarrollo del proceso

¹Aludiendo con ello a la investigación filosófica emprendida por Teodoro Adorno. Dicho autor consideraba que la esencia de la verdad debía buscarse en la “mediatez de la inmediatez”. Adorno destacó la relevancia y el potencial explicativo de lo concreto (y cotidiano) respecto a las grandes categorías históricas. A diferencia de los conceptos “originarios y absolutos” —los cuales supuestamente encerrarían la verdad en categóricos universales de tipo kantiano — mediados en sí mismos (propios del positivismo y su lógica abstracta) la verdad es definida como frágil y cambiante, estrechamente vinculada las condiciones socio históricas particulares del contexto en que se enuncia. Véase Adorno, *Sobre la metacrítica*, 1986.

ilustrado europeo, sobrevinieron un conjunto de epifenómenos políticos, culturales y sociales que estimularon la transformación de la estructura vital del individuo a una escala antes desconocida. En este momento histórico se materializa lo que Marx ya alcanzaba a percibir en algunos de sus trabajos: la idea de una historia universal y del individuo como abstracción o símbolo. Las condiciones objetivas permitieron la transición de un capitalismo regionalizado y restringidamente europeo (con ferias comerciales como centros capitales) a uno comercial-imperialista.² La ampliación de las redes de influencia económica se manifestó también en la concepción política e ideológica de los ilustrados, “paladines defensores” de nuevos y extraños conceptos: “el ciudadano”, “la democracia”, “la propiedad”, “la igualdad”. Esta dirección radical de cambio fue guiada en todo momento por la noción de la “racionalidad”, que implicaba la progresiva evolución de la humanidad hacia “el bien” y la “verdad”. En este contexto, pensadores como Immanuel Kant, David Hume y René Descartes, por mencionar a los más conocidos, sostuvieron que el individuo —como cualquier otro bien comercial— constituía un ente perfectible destinado a cumplir gradualmente una meta: la razón.

De ahí el título elegido para designar la presente discusión. La consolidación de la modernidad, en su variante iluminista, se plantea nada menos que el principio del fin de la historia; sus conceptos universales y abstractos implican odio y temor hacia lo diferente, lo desconocido y lo misterioso. Es el tiempo de un nuevo tipo de pensamiento, de una nueva razón: la normalizadora. Normalizadora en el medida en que aspira englobar un conjunto único y cerrado de cualidades y potencialidades de los diferentes individuos en “Él” individuo. Cercena, corta y reconfigura el *ethos comunitario* —prácticas, tradiciones y creencias asistidas colectivamente aunque ligadas a los límites físicos y simbólicos de cada grupo humano— moldeándolo bajo el signo del individualismo abstracto. Dos grandes transformaciones en la estructura vital del individuo cuajan en este momento histórico preciso —síntomas de este proceso de “normalización”— las cuales expondré a continuación.

La secularización de la visión escatológica y milenarista: O por qué murió Dios

En el “Discurso preliminar de Zaratustra”, Friedrich Nietzsche pone en boca del profeta de nombre arabesco unas palabras que se han tornado sumamente polémicas y a las cuales no les es posible atribuir un significado aprobado unánimemente por los estudiosos del tema. La frase reza así —con pequeñas variaciones de acuerdo a la edición utilizada— “¿Será posible? ¡Este varón aislado en su bosque no se ha enterado todavía de que Dios ha muerto!”³. En el mismo pasaje, Zaratustra describe profundamente las implicaciones de este suceso, “*En otros tiempos, ofender a Dios era el mayor de los delitos, pero Dios ha muerto y con él han muerto también esos pecadores. Ahora lo más terrible es pecar contra la tierra y valorar más las entrañas de lo inescrutable que el sentido de aquella.*”⁴

² Al hacer mención de dicha “universalización” de las relaciones capitalistas, se torna indispensable remitirnos a la ya clásica categoría conceptual del “sistema-mundo” propuesta por Immanuel Wallerstein. El crecimiento económico exponencial que registró el continente europeo durante la época moderna se debió en gran medida a la existencia de “mercados de consumo” a los que se destinaban las mercancías producidas. Atestiguamos la formación de “centros” de poder económico, muy focalizados (algunas monarquías y posteriormente los nacientes Estados europeos), así como de “periferias”, donde el acceso a los beneficios de la especialización del aparato productivo serían mínimos (grandes zonas pauperizadas de América, África y Asia). Véase Wallerstein, *El moderno sistema*, 1998; y Galeano, *Las venas*, 1980.

³ Nietzsche, “Así habló Zaratustra” en *Friedrich Nietzsche*, p. 38.

⁴ *Idem*, p. 39. Las cursivas son mías.

Pero si Dios ha muerto, ¿Qué implica tal suceso? En primer lugar, la reconfiguración de las pautas identitarias de los individuos y el marco explicativo esencial en el cual orientan sus acciones⁵, ¿Quién ocupa su lugar? En el pasaje titulado *El nuevo ídolo*, Nietzsche parece responder a la pregunta. “¿Qué es el Estado? Escuchadme, que voy a hablaros de algo que mata a los pueblos. Llamen Estado al más frío de todos los monstruos fríos, al que miente con toda frialdad cuando dice que él es el pueblo...Ruge ese monstruo <<No hay nada en la tierra que esté por encima de mí; yo soy el dedo imperativo de Dios>>”⁶. La modernidad (y su ilustración) no es otra cosa que el festejo del asesinato de Dios por parte del Estado, la victoria del sentimiento sublimado de impotencia del hombre por dominarse a sí mismo, que en su versión radical se manifiesta en la necesidad de ejercer poder y control sobre lo que lo rodea. La creencia dogmática no desaparece, simplemente se seculariza.⁷

Max Weber, uno de los pensadores pioneros en identificar el proceso de racionalización —estudiando la formación de la institucionalidad burocrática burguesa— advirtió con tristeza lo que denominó como la “jaula de hierro”. Junto a él, Horkheimer y Adorno descifraron que la liberación prometida era engullida por la misma ilustración.⁸ El iluminismo implica un proceso irreversible de regulación y redefinición de las esferas de la vida social (a través de las instituciones del Estado) materializada en la funcionalización e instrumentalización de la realidad. La emancipación frente a la naturaleza externa (Dios) se manifiesta como un proceso de sometimiento de la naturaleza interior. Las categorías abstractas, defendidas como universales, velan una paradoja que elimina la capacidad de acción del individuo, convirtiéndolo en sujeto contingente y pasivo (*apatía vital*).⁹

La pluralidad y la diferencia se constituyen como enemigos declarados de la ilustración. Bajo el paradigma de la igualdad, la no-diferencia se eleva a categoría doctrinal. El modelo es el de una sociedad unidimensional en todos los aspectos

⁵ Previo al desarrollo de la época moderna y la consiguiente conformación de estados nacionales geográfica y políticamente delimitados, el cuerpo doctrinario de la religión jugó un papel de gran importancia. Más allá de las meras cuestiones de la fe, la iglesia era —antes al surgimiento de la administración burocrática civil y laica— una institución presente en la gran mayoría de los acontecimientos cotidianos y trascendentales de los súbditos. Desde el nacimiento hasta la muerte, el signo de la creencia en Dios era un aspecto fundamental, y se manifestaba en lo público y lo privado (la intimidad del matrimonio, las alianzas políticas, los conflictos armados, etc.). Junto a Dios muere la idea del creyente para dar paso al nacimiento del ciudadano y la secularización de los aspectos vitales del individuo.

⁶ Nietzsche, “Así habló Zaratustra” en *Friedrich Nietzsche*, pp. 64-65.

⁷ El iluminismo se significa entonces en necesidad de ejercer poder, retrotraducida en el campo del conocimiento (binomio poder-saber). El proceso de la ilustración representa el “desencantamiento del mundo” (la razón es fría y por tanto objetiva; los sentimientos solo oscurecen el camino hacia la verdad) y se revela como un proceso de progresiva racionalización, abstracción y reducción de la entera realidad a condición de inmanencia. Véase Horkheimer y Adorno, *Dialéctica*, 1997, pp. 27-32.

⁸ “La propia mitología ha puesto en marcha el proceso sin fin de la Ilustración, en el cual toda determinada concepción teórica cae con inevitable necesidad bajo la crítica demoledora de ser sólo una creencia, hasta que también los conceptos de espíritu, de verdad, e incluso el de la Ilustración, quedan reducidos a magia animista...Como los mitos ponen ya por obra la Ilustración, así queda ésta atrapada en cada uno de sus pasos más hondamente en la mitología.” *Idem*, p. 66.

⁹ “La identidad de todo con todo se paga al precio de que nada puede ya ser idéntico consigo mismo. La Ilustración deshace la injusticia de la vieja desigualdad, la dominación directa, pero la eterniza al mismo tiempo en la mediación universal...No sólo quedan disueltas las cualidades del pensamiento sino que los hombres son obligados a la conformidad real”. *Idem*, p. 67.

vitales del individuo, en la satisfacción de sus necesidades, deseos y potencialidades. El perfeccionamiento técnico del aparato productivo requiere de la existencia de un trabajador más especializado tanto como de un mercado de consumidores identificados bajo una misma orientación de sentido. La importancia de la individualidad y por ende de la vida por sí misma, desaparece bajo la noción del costo/beneficio de un mundo calculable. La sociedad burguesa es la sociedad de la equivalencia: redimensiona lo heterogéneo reduciéndolo a grandezas abstractas sin ningún valor diferencial aparente. Cultura lo es todo sin distinción alguna: se mezcla la muerte con la vida bajo la amenaza de una desintegración completa en cualquier instante.

Las posibilidades de la desaparición de la especie humana son cada día más reales y plausibles. Los ancestrales fantasmas bíblicos que aterrorizaban a los creyentes —el día del juicio final, los jinetes del apocalipsis, el anticristo— se hayan sustituido por peligros más tangibles. El desastre ecológico y la destrucción por armas nucleares y biológicas son dos de los más patentes. En el espectro “cultural” de muchas sociedades “avanzadas” resulta sorprendente como el consumo de coca-cola se funde con el genocidio en el continente africano, ambos situados en el mismo nivel simbólico en los medios de comunicación masiva. Pensadores como Vladimir Ilich Lenin han hablado de una “yatrogénesis cultural” o la “institucionalización de la muerte” en algunas sociedades industrializadas, donde se impulsa una cultura de la “enfermedad” antes que de vitalidad.¹⁰ Resulta sintomática de la época del surgimiento de los estados totalitarios fascistas una frase atribuida al dictador ruso Stalin: “Una única muerte es una tragedia, un millón de muertes es una estadística”. La vida humana se contabiliza y compara como una variable de riesgo más destinada a orientar las decisiones estratégicas de las cúpulas hegemónicas. En nuestra época actual, se arriesgan las vidas de miles de ciudadanos por los intereses regionales, económicos y políticos de las élites que poseen el poder.

La noción de no-vida —aparentemente un componente básico del proceso de conformación del aparato cultural de los nuevos Estados— es introyectada en la misma esencia de los individuos. Si el proceso civilizatorio, a decir de Freud y los primeros psicoanalistas, implicaba necesariamente la renuncia de los individuos a sus impulsos animales originarios¹¹, el desarrollo histórico de la sociedad burguesa occidental pareciese engendrar su contrario. Nuevas enfermedades aquejan a los individuos —proletarios y burgueses— en las sociedades industriales modernas. Depresiones, migrañas, comportamientos sexuales inverosímiles, por nombrar las más frecuentes; hasta el grado de la neurosis, esquizofrenia y suicidio entre las más destructivas.¹² En síntesis, podemos afirmar que la secularización de la visión escatológica en las

¹⁰Véase Ilich, *Némesis*, 1978.

¹¹ Según Freud <<cultura>> “Designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vinculo recíprocos entre los hombres”. Freud, *El malestar*, 1984, p. 88.

¹² Esta pauta de la no-vida se cristaliza en las reacciones anormales que exteriorizan algunos individuos. Sobre el asunto Wilhelm Reich apunta que “no solamente algunos países son gobernados por individuos en quienes los siquiátras reconocerían señales inequívocas de desequilibrio mental, sino que, además, las masas populares de todo el mundo están enfermas: sus reacciones son anormales en contradicción con sus propios deseos y posibilidades”. Este hecho se manifiesta en una serie de paradojas, continua el autor, “morir de hambre en la abundancia...entusiasmarse matando a personas inocentes y convencerse de conquistar un país de cuya existencia nunca se ha oído hablar; ir cubierto de harapos y sentirse, al mismo tiempo, representante de la <<grandeza de su nación>>, delegar en individuos cualesquiera, aunque sean hombres de Estado un poder casi absoluto sobre la propia vida y el propio destino”. Reich, *Revolución*, 1985, p. 18.

sociedades capitalistas modernas es también la lucha histórica por el poder que emprendieron los nuevos Estados. Como Zaratustra anuncia, Dios muere —más precisamente, la idea y la esencia que permeaba la interacción de los creyentes en la sociedad occidental— pero es asesinado. La creencia dogmática no desaparece, como lo han querido hacer creer los liberales desde el siglo XIX. Surge un nuevo ídolo, el Estado, una nueva doctrina, la abstracción y una nueva especie de creyente, el ciudadano.

La verdad mediada: Sobre las formas de conocimiento en la sociedad moderna

La posmodernidad, tal como la define Adorno, parece ser una “modernidad sin tristezas”¹³, valores como la moral, la justicia y la solidaridad, entre otros, se someten a la hoguera, acusados de metafísica o simplemente por resultar “inquietantes” o “hacer ruido”. En las aulas de clase resulta totalmente extraño —y hasta jocoso para algunos— cuando un alumno afirma que la creatividad es un elemento esencial de toda disquisición investigativa. En aras de la santa tarea de elevar a las disciplinas sociales al nivel (y a la dignidad) de “ciencias” se exige la objetividad y total renuncia del investigador a manifestar su interpretación. Como si los procesos y fenómenos estudiados fuesen ajenos a la realidad práctica y la condición de vida, se disponen cual muestras asépticas de un laboratorio que deben ser tratadas con las medidas higiénicas más elevadas, para no contaminarlas. Esta actitud de “objetividad” o de rechazo a tomar una posición no constituye otra cosa que la hipócrita aceptación de la estructura hegemónica, una manifestación de “neurosis académica”.

Los investigadores que se escudan bajo los paradigmas posmodernos —si se le puede denominar así a las supercherías de estilo Fukuyama— ante su evidente falta de creatividad, se esfuerzan por redescubrir la obviedad en lo obvio¹⁴, siempre que no devenga en crítica a la dominación. En algunos centros de estudio, ciertos académicos se emocionan y regocijan de encontrar el hilo negro del asunto en la gastronomía —en el sureste mexicano se redescubrió la “cochinita”— y otras nimiedades elevadas a rango de vetas de estudio, el “consumo cultural”.¹⁵ Otros investigadores se vanaglorian de haber hallado la “real resistencia frente a la dominación”, afirmando que la “verdadera negación” ocurre de manera oculta, secreta y sin rechazar necesariamente el poder oficial. Muchos de estos académicos gustan de argumentar en sus estudios como, por ejemplo, los esclavos negros encontraban “válvulas de escape” a la explotación que sufrían, profiriendo insultos al patrón a sus espaldas. No pocos autores vinculados a la estructura dominante se divierten cínicamente afirmando que los pobres, por citar un caso, al tener pocas preocupaciones viven felizmente.

Los conceptos abstractos del universo cultural y político institucional de los estados nacionales desfiguran la esencia de la verdad. Los términos absolutos se

¹³ Véase Adorno, *Mínima*, 2004.

¹⁴ “La árida sabiduría para la cual nada hay nuevo bajo el sol, porque todas las cartas del absurdo juego han sido ya jugadas, todos los grandes pensamientos fueron ya pensados, porque los posibles descubrimientos pueden construirse de antemano y los hombres están ligados a la auto conservación mediante la adaptación”. Horkheimer y Adorno, *Dialéctica*, 1997, p. 67.

¹⁵ En la sociedad capitalista moderna la comunicación de masas conjuga armoniosamente —y a menudo inadvertidamente— el arte, la religión, la política, la filosofía, con los anuncios comerciales, lo cual no es un hecho fortuito. Al hacerlo conducen estos aspectos de la cultura a su común denominador: la forma de mercancía. Cuenta el valor de cambio, no el valor de verdad: la cultura como los demás bienes, es algo que consumible. Véase Marcuse, *El hombre*, 1985.

consideran como reales y ciertos, la diferencia es categorizada como lo indeseable. Las pautas epistemológicas del “conocimiento correcto” se autovalidan en el paradigma cientificista occidental. Las formas sistemáticas de pensamiento propugnadas desde las aulas de clase no son otras cosas que formas burguesas reificadas. Surgen métodos de evaluación —encuestas, certificación de la calidad de la educación pública por organismos y empresas privadas— destinados a calificar, ponderar y separar al conocimiento “correcto” del inadecuado. Estos mecanismos no constituyen otra cosa que flagrantes atentados contra una libertad de cátedra que ya se ha transformado más en ilusión que en realidad. El ataque va dirigido hacia estudiantes y profesores, a la misma noción del aula como espacio de librepensamiento y reflexión crítica. Los programas académicos se depuran y reconfiguran en la misma medida en que las universidades y los centros de investigación devienen en empresas. Se comercia con la educación —como los demás bienes escasos y de difícil acceso—

El estudiantado pierde la posición vanguardista y activa que lo debería caracterizar en el preciso instante en que ahora integrarse al organigrama burocratizado de la educación. En las facultades y centros de estudio, luchas por míseras prebendas y raquílicas posiciones de poder arrebatan el sueño de no pocos. Los grupos estudiantiles se transforman en microcosmos que reproducen las pautas exteriores del ejercicio del poder, si es que no se afilian directamente con algún grupo político con intereses definidos. La dominación es introyectada, muchas veces con la mera repetición de un discurso “revolucionario” viejo y gastado, completamente ajeno a la realidad e incapaz de transformar las condiciones de vida.

Conclusión

A través de los dos apartados desarrollados anteriormente hemos intentado arribar por distintas vías a una misma explicación: las estructuras de sentido que guían la acción de los individuos en las sociedades capitalistas modernas de occidente. Hemos identificado que el período histórico comprendido desde la formación de la primigenia burguesía hasta el apogeo de la ilustración es clave, a razón de que en él se materializó una transformación radical del individuo. En esta coyuntura, los elementos del contexto económico y político coinciden para catalizar la formación de una nueva especie de pensamiento destinada a mediar la interacción social, hablamos de una nueva razón: la razón normalizadora. ¿Sus dos elementos fundamentales? El paradigma de la igualdad —el no reconocimiento institucional de la otredad— y la abstracción. A través de un evidente proceso de racionalización de las sociedades durante la modernidad —y la formación de los estados nacionales— el órgano administrativo burocrático se erige como el nuevo ídolo que debe adorarse. El individuo es rebasado por una realidad abstracta que le es difícil concebir y que desvincula su actuar respecto al contexto local concreto. Somos testigos de la transición del *ethos* comunitario al *individualismo* egoísta.

La ilustración sufre el acechante y constante peligro de morir bajo las acciones de su propia mano. El asesinato de Dios no consigue la desaparición del dogmatismo irracional que perseguía sino simplemente su secularización. El positivismo, gran vencedor, recae en mitología, en ilusión, al acusar de metafísico todo pensamiento que ahonde más allá de la inmediatez de los fenómenos medibles y contables. La dimensión intelectual y académica pretende comercializarse y sujetarse a la lógica de compra/venta de libre mercado. El posmodernismo, caracterizado por su actitud contingente respecto a la realidad social prevaleciente, justifica chapuceramente su validez a través de teorías que reflejan un sentimiento de impotencia sublimado. El

estudiantado y las aulas sucumben a los embistes de la estandarización de los programas académicos y del pensamiento.

El reto es grande y debe ser librado al interior de los mismos centros de enseñanza. El único elemento que nos da una idea del camino a seguir es la afirmación y valoración del reconocimiento de la otredad en la diferencia. La verdad es frágil, delicada y nunca estática. Salvar la ilustración —tarea que se impusieron pensadores como Adorno y Horkheimer— parece ser la única salida, rescatarla de ella misma, a través de una actitud crítica y honesta.

Bibliografía

- Adorno, Theodor, *Mínima moralía: Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Akal, 2004.
- Adorno, Theodor, *Sobre la metacrítica de la teoría del conocimiento*. México: Artemisa, 1986.
- Friedrich Nietzsche, *Friedrich Nietzsche, obras selectas*. Trad. Carretero Moreno, Francisco Javier. España: Edimat Libros.
- Freud, Sigmund, *El malestar en la cultura y otros ensayos*. México: Alianza, 1984.
- Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*. México: Siglo XXI, 1980.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor, *Dialéctica de la ilustración: Fragmentos filosóficos*. Madrid: Trotta, 1997.
- Ilich, Iván, *Némesis médica*. México : Joaquín Mortíz, 1978.
- Marcuse, Herbert, *El hombre unidimensional: Ensayo sobre la ideología de la sociedad insudtrial*. México: Artemisa, 1985.
- Reich, Wilhelm, *Revolución sexual*. México: Origen: Planeta, 1985.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial*. México: Siglo XXI, 1998.